



Discurso de Helena Maleno Garzón

Doctora Honoris Causa UIB

Rector Magnífico, presidenta del Govern, autoridades, miembros del claustro, queridas amigas, mi hijo lindo, compañeros y compañeras,

Quiero empezar dando las gracias a mis maravillosas madrinas, Julia Gallo y Elisa Bosch. También a la Facultad de Enfermería y Fisioterapia por hacer presente la poesía de la vida en este doctorado *honoris causa*.

¿Por qué hablo de poesía? Bueno, por mi perfil podríamos pensar que la candidatura de doctora *honoris causa* tendría más sentido liderada desde otras disciplinas, como, por ejemplo, el derecho.

Pero, al final, han sido quienes trabajan con los dolores que las violencias causan en los cuerpos, las mentes y las almas de las personas, las que están hoy aquí ampliando ese espacio desde donde se deben poner en el centro los derechos humanos.

No hay metáfora más hermosa, ni compromiso más bello que estirar ese marco constreñido, institucionalizado y tremendamente injusto donde los derechos de las personas caben solo en el campo de la razón y se implementan en grupos determinados, dejando a las demás en los márgenes.

Gracias, queridas, por mirar hacia esos márgenes donde existe, por ejemplo, el *body pain*, que me descubrieron las mujeres nigerianas cuando con esas dos palabras

explicaban el impacto de las políticas de control migratorio en sus vidas: sencilla y llanamente, les dolía el cuerpo.

Por eso, cuando hablaba con mis madrinas o compartía con Ruth y Aina, de la Oficina de Cooperación de la Universidad, me daba por pensar en Faith, Precious, Joey... y sentía que la propuesta de este doctorado *honoris causa* transformaba la interdisciplinariedad, tan necesaria cuando se aborda lo humano, en pura poesía; poesía que, como decía Gabriel Celaya, es un arma cargada de futuro.

Ellas han hecho posible que hoy estemos aquí. En esta tierra maravillosa que es frontera, desde donde salieron, no mucho tiempo atrás, personas buscando en el sur lugares para mejorar sus vidas. A donde hoy llegan de ese sur otras personas buscando lo mismo, movidas por idénticos deseos de esperanza.

Nací también en un lugar frontera. La primera vez que escribí sobre ello fue en el año dos mil cuatro en un libro recopilatorio del Encuentro Fadaiat. En aquel entonces, activistas, sociólogas, filósofas, periodistas, arquitectas, y representantes de otras disciplinas de ambas orillas del Estrecho nos reunimos en Tarifa para reflexionar sobre la construcción de los territorios frontera y el impacto que estos tenían en la convivencia, las relaciones con el sur, y, al final, con todo lo que tenía que ver con la vida.

Recuerdo que publicamos mapas donde se dio la vuelta a la cartografía y el sur se situó en el norte, cartografiando un territorio donde aparecían las personas en movimiento, sus espacios, y los instrumentos de control que se esbozaban entonces, y que eran liderados en presencia por unas vallas cada vez más altas. Era el nacimiento de la Europa fortaleza, que ya daba muestras de convertirse en la hija predilecta de la necropolítica.

Desde aquel primer escrito reflexionando sobre mi vida atravesada por la frontera y lo que ello había supuesto (yo, que soy de El Ejido, os podéis imaginar), han pasado muchas cosas.

Una de ellas ha sido la transformación de las islas, convertidas en cárceles en Australia, o en fronteras, cuyos ejemplos más dolorosos y de mayor impacto a la democracia de esa construcción territorial se han vivido en Lesbos, Quíos y nuestras queridas Canarias.

Sé que desde esta tierra se ha seguido con preocupación y solidaridad el impacto en los derechos humanos, la democracia, la convivencia y la solidaridad que el control migratorio está produciendo en las «islas frontera».

Durante estos últimos veinte años, mi vida y también mi trabajo se han desarrollado en torno a esos territorios fronterizos enmarcados en la parte occidental de Europa con África. Es ahí donde miles de personas se han movido en diferentes rutas migratorias.

La route ('la ruta') es un término acuñado por las comunidades migrantes para dar sentido y nombrar con otras epistemologías la geografía de la frontera.

«En la ruta no hay derechos, nosotros somos solo una mercancía», repetían Olomo y Aboubakar ya en el año 2002. Fue una de las primeras reflexiones que aprehendí en los bosques, donde en asentamientos informales las personas en movimiento se autoorganizaban durante el camino migratorio.

Ahí comencé a atisbar lo que pasa en los no lugares, espacios de no derecho donde de forma cotidiana se encuentran las pulsiones entre la necropolítica y la lucha por la vida.

Hace más de treinta años que se dató la aparición del primer cadáver de una persona migrante en las costas españolas, en concreto en una playa de Cádiz. Hoy, la Europa fortaleza ha logrado que se normalice la muerte por cruzar una frontera. Lo ha hecho construyendo un relato simple, estructurado en un léxico compuesto de tres conceptos: invasión, criminales y víctimas; y arrojando el discurso en el racismo estructural, colaborador siempre necesario para levantar los muros y definir las otredades.

Así, se ha construido la necropolítica fronteriza. Decía Achille Mbembe, filósofo camerunés, que «la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. Hacer morir o dejar vivir».

Pero todo esto no se explica sin el negocio del control de movimiento, que se ha convertido en uno de los más importantes de este siglo, y que ha dado paso a la presencia de la industria militar como uno de los ejes vertebradores y sostenedores de las políticas de muerte. En las fronteras se libra, sin lugar a dudas, una guerra.

Hoy estoy aquí como un ejemplo más de quienes defienden la vida frente a la necropolítica. Así que, aquí estamos, y lo digo en plural, siendo consciente de que, como dice el concepto de Ubuntu, soy porque somos. Mi tesoro más grande han sido las redes tejidas durante todo este tiempo.

Imaginaros que, en esta sala, dos increíbles mujeres, Viviana y Cristina, me enseñaron a ver a otras mujeres, a hacerlas presentes en los espacios de tránsito migratorio, a escucharlas cuando alto y claro dicen «no tenemos derecho a migrar, pero tampoco a no migrar». Y en esa frase desmontan el mantra del efecto llamada, desvelando que muchas personas en el mundo son expulsadas de sus lugares por políticas depredadoras diseñadas por el colonialismo que sigue definiendo la explotación de la naturaleza y los seres humanos.

Porque no podemos obviar que el cuerpo de las mujeres tiene un valor diferenciado dentro de las políticas de muerte; porque su sufrimiento y explotación beneficia a las industrias criminales, a las del control migratorio y a aquellas que se lucran de la esclavitud. De sus manos confronté la trata, y vi los efectos de la esclavitud, que ya atisbaba entre los invernaderos de mi tierra natal.

Muchas tuvimos la esperanza de que visibilizar la explotación de las mujeres nos llevaría a un reconocimiento de derechos de las supervivientes. Desgraciadamente, la necropolítica maneja el relato de una forma tan perversa que convirtió a las mujeres en víctimas (no en el sentido reparador del término, sino en el que tiene capacidad de anularlas como personas); y así surgió de nuevo la sombra del «salvador blanco», tan presente para maquillar las terribles violencias cometidas contra las poblaciones en movimiento. El «salvador blanco», el «civilizador», de nuevo nos trae a la construcción de un discurso colonial para sostener la guerra provocada por el negocio del control migratorio.

Pero las mujeres en movimiento nos muestran también cómo se defiende la vida, definiendo estrategias de lucha en la cotidianidad de las trincheras, implementando epistemologías del sur enraizadas en saberes capitalizados en el histórico de sus luchas, con los que iniciaron el camino y que han ido transformando durante el trayecto. Además, lo hacen acompañadas de sus maternidades, sabiendo que la violencia contra sus hijos, hijas e *hijes* es también un instrumento de represión por su desafío al sistema de control de fronteras. «Perdemos a nuestros bebés, en el mar, en las redadas, en los centros de menores, siempre con miedo a que en este camino nos los arrebatén», me dijo un día Amina.

La frontera les ha robado la infancia y la Europa fortaleza ha sido capaz de justificar el despojo de derechos a los niños, niñas y *niñes*. Los ha convertido en menas, categorizándolos en marcos ajenos, los ha convertido en estrellas de la pornografía del dolor, exponiendo su sufrimiento al escarnio público, para luego señalarlos en letras mayúsculas y grandes carteles como criminales y peligrosos.

En ese tejer redes, hemos aprendido juntas (¿verdad Javi, Erika, Montse, Marusia y Ernesto?, mis queridas compañeras de Coordinadora y Caminando y la Iniciativa Mesoamericana de Mujeres Defensoras, que están hoy aquí presentes. Ernesto, además, es mi hijo maravilloso), viendo las cicatrices que dejaba en los cuerpos de las personas esta guerra de fronteras:

Las cuchillas de la valla abriendo la carne.

La sed de las deportaciones en el desierto.

Los cuerpos deshidratados y quemados encajados en el hueco de una patera.

Las marcas de las pelotas de goma que se llevaron los ojos.

El dolor en el bajo vientre de la violencia sexual en las redadas.

Aprendimos también que acompañar en el sanar de esas heridas era el camino, que no iba a ser fácil, pero no había otra ruta que la de la dignidad. Como dice la doctora en antropología Mercedes Jiménez: «tomar partido para mancharse, de barro, del dolor de los otros cuerpos, hasta que tu propio cuerpo sea vejado y herido, hasta abrir la puerta a esa poesía que toma partido».

Así que a ello nos pusimos.

Vacunar a los bebés les protege de las enfermedades y permite a sus madres tener un documento donde se reconoce su existencia, cuando se les niega la posibilidad de ser inscritos en el registro civil y, por ende, el derecho a la identidad.

Coser una cicatriz, soldar los huesos fracturados, proporciona a las víctimas una atestación médica que demuestra la violencia, y que les da la oportunidad para decidir iniciar procesos de demanda de justicia.

Usar los anticonceptivos inyectables garantiza a las mujeres el derecho a decidir sobre su maternidad, porque la guerra de fronteras las expone de forma continuada a la violencia sexual.

Navegando estos años por los dolores de las vivas, nos encontramos también con las muertas: personas que perdieron la vida, a las que no solo se las priva de su existencia sino que se las niega en la muerte misma. Ante la invisibilización, no tuvimos más remedio que comenzar contar las fallecidas y desaparecidas, a dar números que no solo eran cifras, sino la constatación terrible del poder criminal de la necropolítica. Acompañamos a las familias a las morgues, en esas nuevas rutas en búsqueda de la verdad.

Y la primera víctima se convirtió en cientos, y después en miles, y las llamadas de madres se multiplicaron y los duelos inacabados se esparcieron como cuando cae el manto inexorable de la noche.

«Me habéis dejado solo, me duele, me duele, me duele el corazón. La gente no tiene consuelo, vuestras familias no tienen consuelo, en el barrio no hay consuelo, los bailarines no tienen consuelo», dice Debordo Leefunka en su canción *Hommage* ('Homenaje'), dedicada a las víctimas de las fronteras.

Soy porque somos. Aquí estamos juntas para mostrar el compromiso con la defensa de un marco de derechos donde caben todos, todas y *todes*. Aquí estamos juntas para

celebrar el compromiso con la defensa de la vida desde todos los lugares, hoy desde la academia. Es para mí una gran alegría y un honor.

Quiero dar las gracias a tantas personas que desde muchos lugares laten dentro de mí, con las que compartí, las que me enseñan en este duro camino, aquellas que no me dejaron caer cuando me persiguieron, señalaron y criminalizaron. Gracias a mis compañeras de ruta.

Gracias a mi familia querida: mi hermana, mi prima, mi tío, mis abuelas, mi abuelo, mi mamá; ellas, mis *ancestras*, me dieron los mimbres para construir lo que soy. Pero, en especial, gracias a mi hijo Ernesto y mi niña Kitu, de vosotras aprendo cada día, de vuestra generosidad y valentía me alimento y me sostengo.

Gracias a la Universidad de las Illes Balears por la valentía de apostar por la poesía de vida que se compromete.